

llevo provisiones para el camino. ¡Dios dará! Salomón, mi único rey, el mago mío, dice muy sabiamente que los pájaros no curan de alimentarse ni vestirse, y están vestidos y alimentados como príncipes. La mañana despierta alegre, porque la noche fué muy larga y porque durmió mucho y muy tranquilamente después del baño. Luce la rubia cabellera destrenzada; muestra los hombros ruborosos, mal velados por blanca muselina; y los ojos, húmedamente azules, que entreabre, dicen en voz muy baja: *¡No me olvidéis!*

•••

Lo primero que ve la Aurora al levantarse, es el Poniente. Como acaba de nacer, ignora que ha de morir, y sonríe á su propia tumba. Para ella, todavía envuelta á esa hora matinal en gasa blanca, es el primer beso de luz, el que de lejos, de muy lejos, envía el alba, tocándose los labios con los dedos.

Los egipcios erigieron en Tebas una estatua al guerrero Memnon. Estaba ésta de cara al sol, y al clarear el día, brotaban de ella sonos armoniosos. Un soberano incrédulo, Cambises, hizo pedazos esa estatua, deseoso de encontrar en su interior el secreto de aquella extraña música. Pero todo fué inútil. De los dispersos bloques derribados siguió alzándose la propia incomprensible melodía. Y es que Memnon era hijo de la Aurora. Aquiles le dió muerte en el Sitio de Troya; pero la madre, con el cabello suelto, bañada en lágrimas, fué á postrarse á las plantas de Júpiter, diciéndole que, ó concedía á aquel hijo muerto algún don sobrehumano, ó negaba ella su claridad á los mortales. Cedió á tal ruego el padre de los dioses, y de las frías cenizas de Memnon se elevó, separándose en dos grandes ejércitos, muchedumbre de aves, condenadas á combatir unas con otras, en perenne contienda, sin jamás destruirse, para probar que en ellas vive todavía el ánimo pujante de Memnon. La Aurora, sin embargo, ¡madre al fin! no quedó satisfecha con tal gracia. En vano las memnómidas pregonan el valor de su padre. La Aurora sigue llorando sin consuelo; y ese llanto es el que llaman los escépticos, rocío. Memnon, vivo en la piedra, saluda cada mañana con un canto, á la que nunca podrá enlutarse por su hijo.

Desde que los dioses se retiraron de la tierra, dejándola entregada á las disputas de los hombres, las estatuas no cantan. Ved la de Cuauhtemoc: está en

igual posición que la erigida en Tebas al hijo predilecto de la Aurora; la hieren los primeros dardos de la luz; pero sus labios rígidos no se abren; mira al sol frente á frente, y calla... y espera.

Tiene esa gran figura todas las apariencias de la vida. Cree uno que va á andar, hendiendo el aire. Pero está muda, inerte é impasible, como la raza que personifica hermosamente.

El autor de esa estatua, que, sin disputa, es una de las más notables en América, el Sr. D. Miguel Noreña, murió el 2 de Febrero de este año. Murió antes de cumplir los cincuenta años, siendo director de la clase de escultura en la Academia de Bellas Artes y dejando, además de las obras ya concluídas que le ganaron justamente gloria y fama, algunas otras, empezadas sólo, en las que no se observa decaimiento ni tibieza. Estaba, pues, en pleno desarrollo de su vigor artístico, y fué su muerte irreparable pérdida para la estatuaria mexicana. A Noreña se debe, en mucha

parte, el adelanto de ésta; él la libró del amaneramiento á que parecía por siempre condenada; supo infundirla el hálito moderno y formar buenos discípulos que rinden culto á la belleza eterna.

•••

La escultura en México no había medrado antes de que Noreña la impulsara. Los pintores encontraban Mecenas en la Iglesia; se iban á Yuste, como Carlos V, porque los conventos, ricos en aquel entonces, eran los únicos que impartían protección á los artistas. De aquí el carácter substancialmente místico de la pintura mexicana.

Era necesario pintar vidas de santos, escenas y episodios de la leyenda áurea, del martirologio ó del Año Cristiano, para ganarse con el pincel la subsistencia. Próceres que pagaran dignamente un paisaje, un cuadro de género, una marina, un cuadro histórico, no había en aquellas épocas. La pintura decorativa que hoy comienza á lucir sus pompas y sus gracias en palacios de magnates, era punto menos que desconocida. Para los templos y para los claustros trabajaban únicamente los pintores. Y esta necesidad creó un arte asceta, ayuno, penitente; arte que ve en la carne á uno de los enemigos del espíritu y la flagela sin piedad; arte que tiene sus delicias en la maceración y en la abstinencia; arte que detesta lo humanamente hermoso y afirma que su reino no es ni será nunca de este mundo.

En tales condiciones, la escultura tenía por fuerza



SR. D. MIGUEL NOREÑA.

Distinguido escultor mexicano. † el 2 de Febrero de 1894.